

JUAN MANUEL DE PRADA

LAS MÁSCARAS DEL HÉROE

VALDEMAR

1997

ÍNDICE

13	<i>Agradecimientos y advertencias</i>
15	I. DE PROFUNDIS
47	II. MUSEO DE ESPECTROS
403	III. LA DIALÉCTICA DE LAS PISTOLAS
583	IV. CODA

AGRADECIMIENTOS Y ADVERTENCIAS

Los libros los escribe quien figura en la portada, o sus negros, pero ayudan a escribirlos otras personas que no merecen la recompensa avara del anonimato. Las máscaras del héroe no habría sido posible sin los madrugones y sufrimientos de Iñaqui, que además me facilitó las localizaciones geográficas, y también cierto equilibrio mental y cierta confianza ciega en mis posibilidades. A Luis García Jambrina debo, entre otros tesoros, el acicate de la amistad y la cordura. Gracias a don Mariano Herrero pude elucidar las postrimerías de Gálvez; gracias a él, descubrí el hondo civismo de aquellas generaciones que crecieron con la República y fueron apabulladas con lo que vino después: pese a los años que nos separan, creo que congeniamos bastante bien. Una simple conferencia telefónica bastó para que José Luis Melero, en quien se juntan bibliofilia y generosidad, me fotocopiara tres obras rarísimas de Pedro Luis de Gálvez; ahora que ya lo conozco, puedo certificar que tengo en él a uno de mis lectores más entusiastas y apostólicos. Don Alberto Escudero Ortuño me proporcionó las peripecias psiquiátricas de Armando Buscarini, que yo luego he falseado en esta novela: a quienes deseen conocer la biografía de este niño poeta los remito a mi semblanza Armando Buscarini o el arte de pasar hambre (AMG Editor, Logroño, 1996). Si Andrés Trapiello no existiera, habría que inventárselo: aunque todavía no me haya invitado a un café, me ha regalado conversaciones inolvidables y muchos endecasílabos. Y cómo dejar de lado a Luis Alberto de Cuenca, que me emborrachaba de cócteles en Balmoral y me inspiró el título de esta novela. Gracias, sobre todo, a la legión creciente de mis odiadores: sin vuestro estímulo, quizás me hubiese quedado en el camino.

Un par de advertencias, para terminar, que a muchos se les antojarán superfluas (a mí también, pero conviene resaltar lo que parece obvio, aun a riesgo de incurrir en el pleonasma). Fernando Navales, el antihéroe que se erige en narrador durante la mayor parte de este libro, nada tiene de mí (y menos las opiniones que expresa), salvo muchas horas de fatiga e insomnio: lo digo, porque, en este país, al punto de vista se le considera "solidaridad del autor con sus personajes". Por lo demás, Las máscaras del héroe no aspira a ser una historia fidedigna: el respeto minucioso por el pasado es una coartada que emplean quienes necesitan ocultar su mala prosa. Lytton Strachey comentaba, al referirse a Gibbon, que en sus escritos había algo que condicionaba el tratamiento del material e incluso la propia naturaleza de su obra, y que ese "algo" era el estilo. Si esta afirmación puede hacerse de un historiador, con mayor motivo de un novelista: Las máscaras del héroe no aspira a la verdad, sino a la recreación de la verdad. Con ello, no estamos afirmando que mentir y decir bellas falsedades sea la única misión del arte, como quería Oscar Wilde, sino que, con demasiada frecuencia, la verdad sólo encubre la falta de imaginación. Como dijo Marcel Schwob (y basta de citas): «El biógrafo no debe preocuparse por ser verdadero; debe crear, dentro de un caos, rasgos humanos».

Y ahora, lector, no sé a qué esperas para zambullirte en ese caos.

Salamanca-Zamora, mayo de 1996

I. DE PROFUNDIS

*Yo no sé si las leyes son justas
o si las leyes son injustas;
todo lo que sabemos los que estamos en la cárcel
es que el muro es sólido,
y que cada día es como un año,
un año de días muy largos.*

OSCAR WILDE

(Trad. de Jesús Munárriz)

[Carta de Pedro Luis de Gálvez a D. Francisco Garrote Peral, inspector de prisiones, fechada el 14 de octubre de 1908 en el Presidio de Ocaña. El texto no muestra mutilaciones ni tachaduras, tampoco la rúbrica que, por aquella época, los alcaides de las prisiones estampaban a modo de permiso o aprobación sobre la correspondencia reservada, por lo que deducimos que la presente carta llegó a su destinatario a través de un conducto especial que eludió los mecanismos carcelarios de inspección y censura (sólo así se explica la virulencia de algunos pasajes). Reproducimos a continuación el texto íntegro del documento, respetando las incursiones de Gálvez en el terreno de lo chusco, lo blasfemo o lo meramente patético.]

Muy Ilustre Señor:

Después de tantos meses de larga e infructuosa espera, he decidido a la postre escribirle yo (con la dificultad sobreañadida que el ejercicio de la pluma me impone, tales son los obstáculos y cortapisas que los esbirros de esta institución siembran en el camino de quienes, como yo, profesamos culto a las musas), esperando que, al recibo de la presente, su severidad se torne algo más benévola y su silencio algo más elocuente, como corresponde a un varón justo y de calidad, partidario de un alivio en las condenas y de un trato más amable a los reclusos. Y, francamente, me sorprende que un hombre tan magnánimo como usted, haya dado la callada por respuesta siempre que a él me he dirigido en demanda de atención o auxilio. De nada sirvió (y permítame aquí, señor, siquiera retóricamente, que afee su displicencia) que le enviara,

hace ahora dos años, un ejemplar de mi novela *Existencias atormentadas o Los aventureros del arte*, que tantos trabajos, entorpecimientos y berrinches me costó, pues hube de escribirla en la soledad del calabozo, donde toda incomodidad tiene su asiento. De nada sirvieron las peticiones de clemencia que, con mi conocimiento, algunos próceres de nuestras letras le dirigieron en fechas recientes. Como tampoco ablandó su corazón (que ya, después de tantas decepciones, se me antoja de duro pedernal) el escrito que cientos de periodistas, acaudillados por don Miguel Moya, director del rotativo madrileño *El Liberal*, le dirigieron solicitando mi indulto. En verdad, en verdad le digo que ese silencio, lejos de ratificar la probidad debida en todo funcionario, no hace sino dibujar ante la opinión pública una imagen de su persona en exceso cruel; imagen que contradice el espíritu de nuestra época y que, en última instancia, desobedece aquel consejo que nuestro hidalgo inmortal dispensó a su escudero, después de que lo nombraran gobernador de la ínsula Barataria, y que, en resumidas cuentas, venía a decir que, cuando la justicia fuese dudosa, el juzgador debería inclinarse por la equidad, pues sólo actuando así se granjearía el favor de sus súbditos. Y no osaré yo añadir una sola palabra a las del manco de Lepanto, pues de sobra sé que cada una de sus reflexiones y aforismos los ha meditado y digerido usted sobradamente.

Permítame, en cambio, que lo ilustre con un resumen detallado de los mil y un avatares que han empujado mis huesos hasta este purgatorio de Ocaña, donde, si usted no lo remedia pronto, feneceré. Voy a empezar confesando (pues, ante todo, deseo sincerarme) mi culpabilidad. Postrado aquí, en esta celda misérrima, vestido con un uniforme de arpillera, mugriento y lleno de desgarrones, infamado por los hombres y abrumado por el recuerdo, reconozco mi culpa. Me culpo, en primer lugar, de haber nacido, aunque quizá debiera culpar a los padres que me engendraron, para deleite grosero de sus cuerpos, sin considerar que ese niño que iban a traer al mundo estaba predestinado a pasar hambre y penalidades sin cuento. Me culpo, y no me cansaré jamás de hacerlo, de haber nacido en el seno de una familia intransigente,

que me privó de esa infancia medianamente feliz a la que todo hombre, por la simple razón de haber nacido, tiene derecho. Vine al mundo en Perchel, un barrio de Málaga, apenas un puñado de casitas blancas a orillas del Mediterráneo, con geranios floridos y persianas echadas en los balcones. Mi padre, un general carlista muy bravo, muy severo y muy católico que había sido expulsado del ejército (aunque todavía, en sus delirios, aspirase el olor de la pólvora y remembrara el fragor del combate), consumía una existencia sin más alicientes que el tedio, trabajando de cajero en una compañía al borde de la bancarrota, presenciando cómo la polilla le iba comiendo el lustre a su uniforme militar y cómo el moho iba ensuciando el filo de su espadón, antaño ahíto de sangre y hazañas. El dinero que llevaba a casa se revelaba insuficiente para las nueve bocas que había que alimentar (éramos siete hermanos, cada cual más tragón), así que nuestro padre empezó a estudiar la manera de deshacerse de una prole tan abundante. Las chicas se las fue endosando a una alcahueta, dueña de un taller de costura, para que les enseñara el oficio de modistas y ese otro oficio tan antiguo como la misma Humanidad; tanto empeño puso la mujeruca en la enseñanza, y tanta aplicación mis hermanas en el aprendizaje, que, con los años, arrojadas al lodazal de la vida, pudieron sobrevivir, alternando el cosido de sus agujas con el descosido de su virtud.

En cuanto a los hijos varones, descartada la carrera castrense (el baldón de un general derrotado se extendía a sus vástagos, a quienes se vedaba la entrada en el ejército), nuestro padre estimó que la mejor dedicación, la más descansada y favorecida, sería la eclesiástica. Fue así como, ya desde tierna edad, y por satisfacer las aspiraciones un tanto megalómanas de mi progenitor, que soñaba con verme al frente de una diócesis, coronado por una mitra y merendando torrijas y chocolate, ingresé en el seminario de Málaga, a la sazón regentado por unos padres jesuitas que me enseñaron la teología y los latines para mayor gloria de Dios y mayor escocedura de mis orejas, que recibían, cada vez que me equivocaba en una perífrasis verbal o en la enumeración de los coros angélicos, tan descomunales tirones y tan recia lluvia de garrotazos